

EUTRAPELIA

El Anillo de Oro - Número 8: mayo de 1946, pp. 2-4.

EUTRAPELIA. No es un nombre cristiano el que les propongo, porque no es el de una santa, sino de una virtud. Esta palabra extraña, en efecto, se desliza tímidamente en el catálogo de virtudes erigido por graves moralistas. Por la poca atención que le conceden, parece evidente que la eutrapelia no es ante los ojos de graves varones más que una chiquilla risueña, extraviada en una asamblea de reinas.

Pero ustedes no son austeros moralistas, y por eso los invito a hacer una buena acogida a mi pequeña eutrapelia. Si lo desean encontrarán informes sobre ella en la SUMA TEOLOGICA (11 a 11 ae. q. 168, a. 2.) de Santo Tomás.

Sin duda no todos frecuentan a Santo Tomás pero no ignoran, sin embargo, la eutrapelia aunque su nombre culto les sea desconocido; la llaman sencillamente «buen humor». Pero, no olviden que es una virtud y, por tanto, no omitan, en sus exámenes de conciencia, interrogarse respecto a ella. Sin embargo, su práctica es de una gran importancia en la vida social y, muy especialmente, en la vida de familia.

Hay muchas variedades del buen humor: el buen humor de la juventud, como superabundancia de vitalidad, el buen humor de los días hermosos, hijo del sol más que de la virtud; el buen, humor «visceral» de los buenos temperamentos; el buen humor, exuberante a veces, más importuno que caritativo y también cierto buen humor ascético que se parece más a una mueca que a una sonrisa, si se mira de cerca: El buen humor cuyo elogio hacemos no es efecto de la salud, ni del tiempo, ni de las circunstancias. Tiene su origen en el centro del alma. Por otra parte, tiene matices variados: tan pronto discreto, aparece como una luz; sonriente, los arrastra consigo; conquistador, libra de la nostalgia; penetrante, calienta las tierras heladas. Pero es imposible definirlo. Movable como ciertos rostros, escapa a quien quiere fijar sus rasgos.

No crean que el buen humor es la virtud de los inconscientes o de aquellos a quienes escapa lo serio de la vida, y el dolor humano. Reflexionen si no, si lo juzgan superficial, en las virtudes de las que es la señal y el fruto. Exige, ante todo, cualidades del espíritu: la inteligencia de los verdaderos valores, que rehúsa hacer dramas con temas de opereta; la mirada optimista sobre los hombres y sobre la vida, realizando la verdad del proverbio inglés: «cada nube tiene un forro de plata»; y también ese sentido del humor del que discernimos la nota discreta en muchas pláticas de Cristo.

Aún más que cualidades del espíritu, el buen humor supone numerosas virtudes: la fe y el amor a Dios que instauran la paz en los corazones, la confianza de un alma abandonada al señor «Como el bastón en la mano del caminante». Mientras que el humor triste traduce casi siempre una presencia de egoísmo o de orgullo, el buen humor es una victoria del olvido de sí. Pero es el evangélico amor al prójimo el que, más que ninguna otra virtud, engendra, el buen humor, éste es a aquél lo que la sonrisa al rostro. El buen humor es cortesía del corazón.

Eutrapelia no es una virtud insignificante, pues tiene tras ella una ascendencia de grandes virtudes. Pero no es solamente lo que la precede, lo que justifica su importancia, es también lo que ella opera. Tiene grandes poderes. Para adquirir el dominio de sí, pocos medios son tan eficaces. Por un curioso retorno de influencia facilita la práctica de las virtudes de las que ella procede; sin ella todo es trabajoso, con ella todo se hace fácil. Fruto del amor y de la verdadera felicidad, en la familia, gracias a su poder de unión y reconciliación. Y ciertamente, si no es cuestión, todos los días, de reconciliación – en el sentido estricto de la palabra – hay a menudo ligeros descontentos que disipar. La eutrapelia hace este milagro. Y ante todo reconcilia los seres consigo mismo, primer tiempo de su reconciliación con los demás. Los reconcilia igualmente con la vida, con las humildes tareas y sus grandes deberes. Los que la practican ¿no merecen la Bienaventuranza dirigida a los que trabajan por la paz? «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios».

Si la eutrapelia reina en su hogar, comunicará su tono tanto a las cosas como a las personas. Las virtudes participarán de su gracia. La obra de la educación será más fácil y más eficaz. Durante toda su vida los hijos criados en su clima llevarán consigo un capital de equilibrio y de felicidad.

Espero que comprendan, por qué en las horas graves que vivimos no he titubeado en hablarles de una virtud que puede parecer ligera a los que no la han sopesado. Si practican el «deber de sentarse» del que les hablaba anteriormente, no dejen de interrogarse sobre la práctica del «deber del buen humor». Porque se trata de un deber. Se trata también de una conquista: todo hombre posee sus gérmenes, pero no los desarrolla, sin un paciente esfuerzo. Practicarlo sin desfallecer exige o veces un verdadero heroísmo. El buen humor es una ascesis, aunque parezca paradójico. Pero una ascesis de la que no se quejarán los que los rodeen, lo que no ocurre con todos los ejercicios de penitencia a juzgar por esta confidencia de un marido: «Mi mujer lleva un cilicio, ¡pero es a mí a quien araña!»

Henri Caffarel